

## No llores por mí

Eran tiempos felices para mí. Por fin cumplía diez años. Estuve esperando ese momento durante días. Quería celebrarlo por todo lo alto. Me levanté por la mañana como si fuese a ocurrirme lo mas grande de este mundo. Mi hermano fue el primero que vino a felicitarme. Solo tenía cuatro años y apenas sabía hablar. Pero entendí sus palabras sin ningun problema. Le di un beso apretándole fuertemente la cintura. Dí un salto de la cama y busqué a mis padres por toda la casa. Grité por todos los rincones que hoy era mi cumpleaños, corriendo y corriendo de un lado a otro. Pero no allí no había nadie. El entusiasmo empezó a esfumarse como si de humo se tratara. Estaba sola en la puerta de casa. Volví para preguntarle a mi hermano dónde estan. Obviamente no me contestó. Se quedó mirándome perplejo. Hacía un momento me había visto eufórica de ilusión y ahora solo quedaba angustia en mi cara. Agarré a mi hermano del brazo y me lo llevé a casa de mi vecina para preguntarle si ella sabía algo. Mis padres me tenían prohibido hablar con los vecinos, pero yo necesitaba saberlo. Quería que alguien me dijera que no había pasado nada, que todo estaba bien. Al llegar a su casa nos metió corriendo y cerró la puerta de un portazo.

-¿Es que estás loca? ¿Cómo se te ocurre llamar a mi puerta? ¡Seguro que alguien os ha visto!

Mi vecina comenzó a deambular por todo el salón con cara de angustia. Agaché la mirada sabiendo que había echo algo malo.

-Mierda. Vienen hacia mi casa. Sabía que esto tenía que pasar. ¡Malditos críos! ¡Pero porqué habeis tenido que venir a mi casa! ¡ Hace media hora se han llevado a vuestros padres, y ahora quereis que me lleven a mí tambien!

-Señora... Yo solo...

Tocaron a la puerta muy fuerte. A mi vecina apenas le dio tiempo a reaccionar. Simplemente pudo echar dos lágrimas cuando esos hombres cargados de escopetas y ametralladoras tiraron la puerta abajo de una sola patada.

Yo cogí a mi hermano fuertemente del brazo y me lo llevé corriendo a la parte de arriba. Entremos en uno de los cuartos y le dije que se metiera rápidamente debajo de la cama. La cara de mi hermano mientras estábamos escondidos no se me olvidará jamás. Estaba asustado pero mostraba valentía. Yo por el contrario mostraba el manejo y guardaba terror. En ese momento me imaginé a mi hermano de manos de esos hombres, encerrado en algun sitio o apunto de ser disparado. Las lágrimas bajaron rodando por mis mejillas hasta para en el suelo. Mi hermano me miró fijamente. "Te quiero". Fueron las únicas palabras que me dijo. Comprendí que él estaba tan asustado como yo y que era plenamente consciente del peligro al que estábamos expuestos. Le di un beso tan dulce, que aún puedo recordarlo.

La puerta de la casa se escuchó cerrarse. Esos hombres malos se habían llevado a nuestra vecina. Aún me daba miedo salir. No sabía si lo hacían para que saliéramos o porque en realidad se habían ido. Preferí quedarnos bajo la cama durante al menos tres cuartos de hora, hasta que estuve completamente segura de que se habían ido.

Primero salí yo, y le dije a mi hermano que no se moviera de allí hasta que yo no le avisara.

Bajé las escaleras con las piernas que parecían flanes. Ni siquiera podía apoyarme en la barandilla, debido al contoneo que tenía todo mi cuerpo.

Una vez en el salón, comprobé que todo estaba en orden. Llamé a mi hermano para que saliera, y estando juntos nos abrazemos y nos echemos a llorar. Estábamos solos en el mundo. No había nadie a quien acudir y solo quería que mis padres volvieran a casa.

Conseguimos salir adelante gracias a una señora que se presentó un día en nuestra casa. Nos encontró mal nutridos y andrajosos. Ella nos llevó a una casa de monjas donde nos cuidaron y educaron hasta el día de hoy.

Venezuela padeció tristemente la que hoy es llamada Guerra Larga. Mis padres lucharon por lo que ellos llamaban igualdad en la sociedad. Aunque perdieron lo mas importante: una vida con sus hijos e incluso sus propias vidas.